

METÁFORA DE UNA REALIDAD TRASTOCADA

—Son las siete de la mañana —dijo la pantalla inteligente que había encima de la mesilla de noche—. Hace una temperatura exterior de diez grados. Su primera clase comienza en una hora y treinta minutos.

Miguel estiró el brazo para hacer callar a la asistente. Abrió los ojos y miró las cuatro paredes blancas en las que llevaba viviendo siete meses. Aquel virus mortal no fue de agrado para nadie, aunque algunos lo llevaban mejor.

—Alexandra, prepara el desayuno habitual.

—Preparando huevos revueltos, tostada de mantequilla y zumo de naranja —dijo la inteligencia artificial.

Miguel se levantó de la cama. Presionó el botón rojo que había en una de las patas y ésta se guardó en la pared, «¿tenía que entregar algún trabajo?».

El gobierno habilitó una serie de determinados cubículos para evitar la infección mortal del virus. Crearon seis tipos diferentes (dependiendo de lo que la gente estuviese dispuesta a pagar por su comodidad). Las universidades españolas consiguieron becar a algunos estudiantes con la gama media de los cubículos blancos; Miguel fue uno de los privilegiados.

—Sirviendo desayuno —una mesa blanca apareció en el lugar de la cama. Encima estaban colocados los platos con comida, un vaso de cristal, cubiertos y una servilleta.

—Alexandra, enciende la televisión.

Una pantalla se encendió en la pared. A esa hora solo había noticias: *El virus sigue expandiéndose, miles de personas mueren por fallos en los cubículos. Recuerden, siempre deben salir al exterior con el traje de protección completo.*

Tras desayunar y hacer deporte online, hizo aparecer su escritorio. Todos sus lápices, cuadernos, subrayadores y un portátil aparecieron ante sus ojos. Un folio blanco con las siguientes palabras captó su atención: “Relata una pequeña historia sobre tu cuarentena”. «¡Madre mía!, se me olvidó hacerlo ayer».

—Alexandra, ¿qué hora es?

—Son las ocho y veinte de la mañana. En diez minutos comienza su primera clase: Diversidad, Convivencia y Educación Inclusiva.

«Esta tarea está habilitada para esta tarde, todavía puedo entregarla», pensó con el folio en la mano.

La pantalla de la televisión cambió a una sala de espera para la videollamada de la clase. En su portátil se abrió el chat de clase, «espero que hoy no estén charlatanes, tengo mil cosas en la cabeza». La profesora compartía cubículo con su marido y sus hijos. Por lo tanto, su cubículo era mucho más amplio. Las clases avanzaban, terminaban y comenzaban de nuevo. Todo era un bucle repetitivo durante cinco horas seguidas.

Cuando las clases terminaban todos volvían a la monotonía de los cubículos. Su familia vivía en otra comunidad autónoma y su única manera de comunicarse era por las videollamadas de *Alexandra virtual reality* (los cubículos universitarios la tenían instalada, pero eran muy caras).

—Tienes una llamada entrante, ¿quieres que sea por virtual reality o modo tradicional?

—Realidad virtual.

Una proyección de sus padres, su perro y sus tres hermanos pequeños surgió ante sus ojos. «Si no fuese por los pequeños píxeles que parpadean, juraría que están aquí».

—¿Cómo llevas las clases? —preguntó su madre. Las ojeras marcadas le preocuparon.
—Los exámenes se acercan y tengo que apretar, pero son muchas clases y demasiado trabajo.
—Tú puedes con todo —dijo su padre—. Por cierto, el cubículo de los vecinos se quedó abierto durante la noche. Ha sido una masacre estremecedora. Lo he visto cuando fui a comprar.
—Estas cosas fallan, hay que tener cuidado.
—Procura ponerte el traje.

Finalizó la llamada y le preguntó la hora a Alexandra. Tenía treinta minutos para hacer el trabajo y entregarlo. Una presión en el pecho le impedía concertarse. *Haciendo cambio de oxígeno*, dijo la voz de la inteligencia artificial de fondo. Tenía que escribir un mínimo de tres mil palabras, «no voy a poder conseguirlo. Ni siquiera me acuerdo de los vídeos que vimos». Comenzó a redactar en su portátil sin pensar en lo que tecleaba.

Solo quedaban cinco minutos para entregarlo, «lo veo bastante correcto, espero que me apruebe. Con un cinco creo que será suficiente». La bandeja de entrada de correos estaba a rebosar, «¿desde cuándo tengo tantos mensajes?». Dudas de sus compañeros, trabajos de profesores a los que no había visto en siete meses, anuncios de muertes por culpa del virus. La pantalla del ordenador cambió a negro: *batería agotada*.

Buscó el cargador entre los montones de objetos acumulados en sus cajones. Lo enchufó y esperó a que la pantalla del PDF final apareciese otra vez.

—Fallo en oxigenación. Fallo en oxigenación. Fallo en oxigenación.

Las paredes blancas del cubículo se apagaron. Ahora eran paredes de cristales, un escaparate al mundo real. Las calles estaban vacías, había cadáveres en las aceras. Una mujer con el traje de protección caminaba cerca de su cubículo con bolsas de la compra y un perro (no les afectaba el virus).

—Alexandra, saca mi traje del virus. AHORA.

Dos puertas de armario se abrieron en una de las paredes. Intentó colocarse primero los pantalones, pero el virus ya había entrado en el cubículo. Su piel comenzó a ponerse de color rojo. Varias burbujas de pus surgieron por sus brazos descubiertos. «Tengo que entregar el trabajo, no puedo suspender». Se arrastró sin fuerzas hacia el escritorio. Sus pulmones estaban tan hinchados que no podía respirar.

Las burbujas comenzaron a explotar. Su sangre salía por aquellos orificios. Subió la mano al escritorio intentando enviar el trabajo. La voz de Alexandra sonaba lejana entre la oscuridad que Miguel veía, se había quedado ciego.

—Trabajo entregado tres minutos y veinticinco segundos antes del cierre. Esperando calificación. ¡Mucha suerte!

«Menos mal, pensaba que no llegaba a tiempo», pensó Miguel, yaciendo en el suelo de su cubículo.

AJL